

El grave riesgo de la incompetencia docente en preescolar

Victoria González Rubio

Maestra parvulista

Tomás Andrés Tripero

Profesor de Psicología Evolutiva y de la Educación

El conocimiento de la infancia, ya nadie lo duda, supone un punto de partida esencial para la comprensión del ser humano en su totalidad.

Para A. Adler la personalidad adulta ha sido configurada, en sus rasgos más generales, antes de los cuatro años. Freud era más radical cuando afirmaba que nada nuevo sucedía en la vida de los seres humanos después de la tierna edad de tres años.

En verdad el conocimiento del niño y su transformación en habilidades orientadoras y educativas es de una trascendencia excepcional. Tal vez sea, además, uno de los más delicados y difíciles de adquirir y uno de los que mayor responsabilidad impliquen, tanto desde el punto de vista social como moral.

Una educación desafortunada que no contribuya adecuadamente a propiciar el desarrollo armónico de los niños pequeños puede, en efecto, ocasionar graves trastornos no sólo psíquicos, sino también físicos.

Los padres, en gran medida ignorantes de las claves del desarrollo infantil, porque los poderes públicos no muestran excesivo interés en informarles, suelen creer, en muchos casos, que las **Escuelas Infantiles** sirven para poco más que para guardar y cuidar al niño, o a la niña, cuando ellos trabajan, y que, por tanto, poco importa la preparación científica de aquellas personas que van a tener tal responsabilidad.

Tal error es secundado, de hecho, en la práctica cuando la educación de los preescolares es asignada a personas que ya renuncian a enfrentarse con los problemas, cada vez mayores, de disciplina, por ejemplo, que presentan los cursos del ciclo medio o superior.

Tampoco se pone especial énfasis en la exigencia de la **especialidad de preescolar**, ni siquiera en el caso, directamente controlado por el MEC, de las **interinidades**, respecto de las cuales se antepone cualquier otro criterio de conveniencia.

Si esos mismos padres, a los que nos referíamos antes, tuvieran una mínima conciencia de que **es posible perturbar el desarrollo psicomotor, emocional o intelectual** de sus hijos, de que los pequeños **pueden ser realmente dañados** por la incompetencia, cuando la hay, de quienes pretenden hacerse cargo educativamente de ellos, probablemente se levantaría todo un clamor para exigir la más sólida, avanzada, científica y especializada formación, continuamente adaptada, para las, y los, responsables de la educación temprana, la más importante, sin dudarle, de todas.

En el **Diálogo** de **Platón**, titulado «Protágoras», su personaje central, Hipócrates, pregunta al maestro **Sócrates** de qué se alimentan el alma y éste le responde que de las enseñanzas, naturalmente.

Los padres procuran comprar para sus hijos pequeños los mejores y más adecuados alimentos, pero, si seguimos leyendo a Platón, «... mucho mayor riesgo se corre en la compra de enseñanzas que en la de alimentos, porque... una vez pagado su precio, necesariamente, el que adquiere una enseñanza marcha ya, llevándola en su propia alma, dañado o beneficiado».

La naturaleza infantil va a recorrer, desde su más tierna escolaridad, una verdadera historia y las condiciones de su desarrollo, tanto orgánicas como sociales, van a depender de la interacción con los educadores.

Su psicogénesis se va a producir, por tanto, al ritmo de los cambios en las formas de relación con su medio, y su maduración fisiológica, emocional y cognoscitiva va a depender de esas mismas relaciones.

Como interlocutores de ese «diálogo evolutivo», tenemos que ser capaces, entre otras cosas, de detectar los signos que expresan una mala marcha del desenvolverse infantil en su propia historia.

Y no se trata solamente de lo que se esté haciendo mal, sino, la mayoría de las veces, de lo que no se está haciendo, del abandono de estimulaciones del desarrollo en la rutina de las actividades cotidianas.

Si la **Escolaridad infantil** es contemplada desde el primer año, tendremos que saber que en la llamada **etapa del suelo**, en la que primero el niño se arrastra, después gatea y poco a poco

se va incorporando, como los osos, hasta alcanzar la postura bipedestante con apoyo, se construyen la mayor parte de los esquemas posturales, que los errores psicomotores serán codificados e interferirán en el desarrollo posterior de la bipedestación, después del segundo año, o de la lateralización, en fases posteriores.

También tenemos que saber en qué momento del desarrollo, en esta misma etapa del suelo, puede el niño sentarse sin apoyo, para evitar el riesgo de deformación de la columna vertebral y reconocer las posibles formas de desplazamiento disarmónicas, tales como el culeteo o el conejeo.

Hemos de advertir de los riesgos de una bipedestación forzada, cuando no se ha alcanzado la suficiente madurez neuromuscular para ello y que se traducen en lesiones. Rotación hacia adentro de las rodillas, por ejemplo.

Y no podemos olvidar cómo el desarrollo del lenguaje interacciona con el desarrollo motor. Cómo la conquista básica, a lo largo del segundo año, consiste en haber aprendido, si les hemos ayudado para ello, a descubrir la estructura lógica de su idioma: la gramática.

La consolidación de la estructura lógica de la inteligencia se ha de realizar, a partir de entonces, mediante el ofrecimiento de un lenguaje elemental y lúdico, sobre la base de su cada vez mayor capacidad simbólica, que les permita organizar aquellos conocimientos necesarios para acercarse a los fundamentos comunes de la matemática y de la lengua, definidos por las relaciones lógicas primarias.

«**Cualquier persona**» no tiene, a no ser que haya sido formada para ello y con rigor científico, la suficiente preparación para encauzar a los niños y niñas de las escuelas infantiles con destreza profesional, estimulación, conocimiento y afecto solidario, todas estas conquistas iniciales del cuerpo y de la inteligencia.